

«SOLEDAD INVADIDA». (poema) por *J. A. Escalona-Escalona*
(Caracas, 1947)

El joven y excelente poeta venezolano, autor de «Isla de Soledad», afirma en este nuevo libro la realidad de su temperamento indiscutible.

Se trata de una obra planeada como una sinfonía, original y sutilmente concebida, y ejecutada a un tiempo con vigor y delicadeza. Son veinte sonetos de metro endecasílabo libre reunidos en dos series: «A la Conquista de la Soledad» y «Dulce Invasión». La primera consituye uno como místico camino de perfección en imposible tentativa de lograr la soledad absoluta, la soledad muda, en que el poeta no escucha sino «su propio corazón clamante». La segunda, el natural desbordamiento del río de las imágenes que rompe los diques o «márgenes altos» que «puso el autor a su sueño»: la «soledad sonora» que han dicho los dos poetas angélicos de España: los dos Juanes.

Recordamos un antecedente de la indicada estructura métrica: los últimos sonetos de la deliciosa y sensitiva Alfonsina Storni. Pero si la poetisa de «Ocre» no sobresalió precisamente en ella, Escalona produce el efecto de que la hubiera hecho del todo suya por la soltura, plasticidad y cadencia con que sabe arrancarle notas, relieves y modulaciones seguras e inesperadas. A ello contribuye su fino oído para el verso y su cabal dominio del idioma.

«Soledad Invadida» ofrece al lector atento una novedad fundamental en la lírica hispano-americana. Arriesgaríamos decir que aparece como el primer ensayo de una introspección poética articulada, de un análisis de la soledad del alma y sus posibilidades. De ahí su fuerte originalidad que tal vez no advertiría quien se dejase llevar frívolamente del estilo musical, elegante, fácil y lleno de color en que se ha vertido.

Sigamos a trechos la senda del poeta, recorramos la partitura de su sinfonía. La soledad parece ya conquistada:

«El rumor de la vida y de la muerte
y las remotas músicas del mundo
tus límites oscuros no traspasan».

(Soneto I).

«En vuelo presuroso hacia la muerte
de su color, destruyen las crisálidas
la oscuridad de su prisión de seda».

(Soneto II).

Esta clausura de la psiquis como una crisálida, este negarse a la vivencia transitoria y accidental, esta momentánea «Tabla rasa» en que nada hay escrito, da al hombre una conciencia segura de su vida interior, y Escalona traslada la experiencia decisiva de su sensibilidad a un bellísimo soneto:

Soneto III

Por recobrar la soledad, mi espíritu
despojé de la flor de lo mudable.

Pero cuanto perdí me fué devuelto
en recónditos frutos de firmeza.

Las fronteras cerré de los sentidos
al brillo y juventud de los colores,
y al cielo de la música y los pájaros
oriundos del país de los aromas.

Mas; la sombra total que me circunda
el vuelo recogió de sus enjambres
en colmenar de estrellas interiores.

Rotos los lazos que mi cuerpo ataban
a la ruda presencia de las cosas,
he tornado al puro sentimiento.

Pero bien sabe el poeta que no puede durar ese «hermético recinto bajo un cielo sin luz ni movimiento» (pág. 7). «Perturban las imágenes que asedian—su silencio interior» (pág. 13). Y se establece la lucha, en medio de cuyo fragor recóndito, el espíritu se ilumina con esta intuición admirable, expresada en versos dignos de Paul Valéry, el mayor artista que ha existido:

«Este volver a la raíz del alma
es el camino de la flor que busca
en la germinación de la simiente
el color y la forma de su origen».

(Soneto V).

Y en tal estado de purificación, ajeno a todo «accidente extraño o peregrino» como Fray Luis en situación anímica diferente, sabe que no ha sido en vano la tempestad, que se ha limpiado la atmósfera, que las rachas furiosas han barrido con lo superfluo:

«Aquí estoy en la tierra de la noche
como un árbol después de la tormenta
Cortaron las espadas del relámpago
cuanto había de efímero en las frondas».

(Soneto VI)

Quiétude de profunda noche que altera vagamente el lejano rumor de un arroyo. Todavía el poeta es dueño de su voluntad de nihilismo, de su actitud de divorcio con el mundo sensible. Y así:

«Muere el rumor en criptas de silencio
cual se cierran los círculos del agua
sobre el herido corazón de un pozo».

(Ibid).

Y en un alarde de vencimiento de sí mismo, de nírvana heroicamente logrado, exclama:

«Y en soledad triunfante, sigo siendo
único huésped de la noche sola».

(Ibid).

Pero aquel rumor vago, aquél remoto hilo de agua, tiene una significación viva en psicología profunda. Es como el sordo y apagado rezongo con que se anuncia, en el horizonte nocturno, el meteoro fulgurante. Es la burbuja de aire que llega hasta la superficie de la conciencia desde el pulmón del inconsciente, que jadea trabajando como un esclavo eterno en el oscuro subterráneo. Son para el poeta «los barcos de su noche submarina». Mérece la transcripción íntegra el soneto que Escalona les consagra:

Soneto VII

Por la desolación de mi aislamiento
oigo que pasan—negros y lejanos—
abandonados a su ciego rumbo
los barcos de mi noche submarina.

Bajo su peso de dolor sin voces
hundidos van en brumas de nostalgia,
con mástiles de sombra, destrozados
por un viento de antiguas tempestades.

En tierras del amor, inaccesibles,
—porque el olvido destruyó sus puertos
quedó su azul tripulación de estrellas.

¿Encontrarán, acaso, en el retorno
el país de la aurora que perdieron
los barcos de mi noche submarina?

Ya en lo oscuro se ha dado el ímpetu, y no tardan en sobrevenir la marea y la inundación. Inútilmente dirá una vez más el poeta: —Por esta soledad de los sentidos—el corazón se siente poderoso—dentro de su total recogimiento—(Pág. 24). Muy pronto tendrá que arriar su bandera de combate, y rectificarse: «—Más me valiera derribar las torres—en litoral de olvido levantadas...!» En vano «márgenes puse altos a mi sueño—por detener su tránsito de imágenes»... «Ya dentro del murado territorio—que custodian espadas de silencio—florece un paraíso de memorias!».

Son las memorias de su amor de adolescente, acaso el primero, y del clima frutal, dorado y sanguíneo, del nativo terruño en los Andes venezolanos. El poeta las convierte en forma bella con una añoranza, una ternura y una vibración luminosa, que raya en el deliquio del éxtasis. Es en realidad un «paraíso» de memorias. Y en esta eclosión paradisiaca se pone a prueba la fantasía del autor que se vierte en derroche de imágenes aladas, radiosas, idílicas:

«De sus manos—en vuelo por las rosas—
tomaban forma y levedad los pájaros»

(Pág. 33).

«Dormían en la luz de sus miradas
cándidos cervatillos de ternura».

(Pág. 33).

«Orillas de la noche sobre el césped
su pie—dulce quebranto del rocío—
apagaba las huellas del crepúsculo».

«Y al retornar ceñida de penumbras,
del horizonte puro de su frente
el lucero del ángelus nació!»

(Ibid).

«un sagrado temblor (conmueve) el cielo
cual si acabaran de cruzar los ángeles
por el azul recuerdo de los astros!»

(Pág. 35).

La lluvia «teje en los telares del paisaje un armonioso
encaje de rumores». (Pág. 37).

«Sólo un velo de música separa
mi soledad del amoroso sueño
entre la lluvia y mi nostalgia erguido»

(Pág. 38).

Los «cocuyos» o luciérnagas parecen «anillos de la noche
donde fulgen piedras de transeúntes claridades». Y en metáfora
tan justa se trasladan al recuerdo de la cabellera amada en que
la luz juega.

Sobre todo nos emociona la trémula evocación del paisaje
nativo que constituye el último soneto, el mejor de la colección
para nuestros gustos:

Memoria desta tierra junto al cielo
con nubes al alcance de la mano,
y horizontes tan cerca de los ojos
que sus contornos cierran la montaña.

Provincia de las fuentes y los trigos
y frutales aromas en la brisa;
dulce país de nieblas y claveles
dormido en un sosiego melodioso.

Galería de lienzos vegetales
alzada entre columnas de arcoiris,
donde la luz enciende mariposas.

Bajo su clima de altitud y égloga
—gemela del amor—mi poesía
descubrió la raíz de su destino!

«¡Dulce invasión!» Miel y leche nupcial, levísima sustancia de blancos recuerdos, manos de «madonas» de Rafael o Boticelli, atmósfera de Leonardo o Garcilaso, ingravidez de un albo vuelo por el azul purísimo, azahar de epitalamio, ternura, bondad. He aquí la poética de Escalona. Apolo lo guarde en su cima luminosa, pareja de las que mantuvieron en alto la niñez y la adolescencia del poeta, para que no sepa jamás de las «nieblas hiperbóreas que abortó el Septentrión».—FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ, Concepción, agosto de 1947.